

Biblioteca anarquista
Anti-Copyright



La Policía

Ferdinand Domela Nieuwenhuis

1904

Ferdinand Domela Nieuwenhuis
La Policía
1904

Recuperado desde Libértame el 2 de noviembre de 2025.
Título Original: *Polisen*. Referencia de fuente original: "Tidningen Brand #1 1904". Traducción al inglés desconocida. Traducción al español desconocida. Editado por La Conquista del Panda.

es.anarchistlibraries.net

Además de los altos señores de la justicia, que hacen el trabajo fino, la sociedad existente tiene a su disposición personas encargadas de hacer el trabajo sucio. Se les llama policías. Y es notable que estas personas, que están disgustadas con su trabajo —lo que se demuestra por el hecho de que dejan el servicio de policía tan pronto como consiguen un lugar con igual salario— no pertenecen a la clase poseedora, sino a la clase trabajadora. Estos, que no poseen ninguna propiedad ellos mismos, son los protectores del sagrado derecho de propiedad —para otros. Estos, que pertenecen a la clase de los robados, protegen a los ladrones para que puedan disfrutar de su botín en paz. Fuera de servicio, con la esperanza de recompensa y promoción, a menudo se comportan de la manera más despiadada con sus hermanos y compañeros.

La discreción policial es la ley suprema en nuestra sociedad actual, y la burguesía ha caído muy bajo, ya que se aferra a la fuerza policial como a una paja. La consecuencia de esto ha sido que la policía, cuyos actos violentos ganan aprobación en los círculos de los gobernantes, se ha vuelto cada vez más brutal y despiadada. El héroe de la burguesía es el policía con casco, en el que confía con la esperanza de que sea capaz de mantener a raya al pueblo. El policía es el brutal represor de rebeliones y disturbios, es el perro rastreador, que debe seguir la pista, descubrir y llevar ante la justicia al

pobre hombre al que el hambre ha llevado a robar una barra de pan.

Así como los pobres ven al policía como su enemigo, los ricos lo ven como su amigo, prueba de que estamos ante una institución de clase, uno de los muchos pilares del Estado de clase.

¿Con qué brutalidad se comporta el policía con el obrero, cómo se atreve a maltratarlo, sabiendo perfectamente que no tendrá que rendir cuentas por ello? ¿Y qué sumiso se muestra ante los ricos?

Y, sin embargo, el policía tiene pocos motivos para sentirse satisfecho. ¿No se le paga, como a los demás proletarios, de una manera que roza la línea de la hambruna? ¿No se recluta a los policías entre la clase proletaria, entre los esclavos asalariados, y no se les hace soportar la carga de la pobreza igual que a los demás trabajadores? Pero, a pesar de ello, están del lado de los ricos en las buenas y en las malas.

El policía es un esbirro de la prostitución, es un mediador en el comercio internacional de carne de mujer, que se lleva a cabo en nuestras sociedades llamadas civilizadas.

Es el fiel apoyo del fabricante en las huelgas y movimientos salariales. Sin molestarse en investigar de qué lado está la ley, siempre está del lado del empresario contra los trabajadores.

Es la esperanza de los ricos, que le confían la protección de sus bienes.

En otras palabras: siempre a favor de los poseedores y en contra de los pobres.

¿Quién actúa primero contra los trabajadores si se les ocurre aligerar un poco su pesada carga?

La policía y el ejército.

¿Quién recibe a los trabajadores con golpes de bastón y sable si quieren romper sus grilletes?

De nuevo la policía y los militares.

Que actúen siguiendo órdenes superiores no cambia la situación. Cuando nos agreden en la calle, desde luego no nos preguntamos si los agresores actúan por iniciativa propia o por orden de otros.

Si te matan, pisotean y golpean y tu adversario actúa por iniciativa propia o por orden de otros, puede que te resulte bastante indiferente.

Algunos objetan: Estas personas no pueden ser responsables, ya que sólo cumplen su misión. Son, como todo el mundo, producto de las circunstancias.

Está muy bien que sean producto de las circunstancias cuando nos atacan o nos matan, pero nosotros también somos producto de las circunstancias cuando nos defendemos de los ataques.

En realidad, el asesino que asesina por orden de otros y a menudo no sabe por qué asesina es más despreciable que el que asesina por iniciativa propia y al menos puede dar razones de por qué hace esto o aquello.

«También hay policías decentes», oigo decir a otro.

¡Habla! Hay gente «decente» incluso entre los ladrones. Entre las mayores bandas de ladrones uno se encuentra con gente como Jay Gould, Vanderbilt, Rothschild, Morgan, etc. La gente no es decente porque pueda lucirse en la buena sociedad o ser celebrada y alabada por ella. Y para la víctima juega un papel muy secundario si es golpeada y maltratada por un bandido «decente» o por un simplón.

Un importante periódico escribió una vez con toda justicia «Al igual que existe un espíritu sacerdotal o un espíritu burgués, también existe un espíritu policial. Todo el que pone un pie en una comisaría de policía con la intención de buscar allí un empleo es presa de él, aunque antes no haya estado animado por él». ¿Y en qué consiste ese espíritu policial?

Su característica principal es: El odio a los pobres. La policía se establece evidentemente para asegurar a los ricos un sueño tranquilo. Su principal objetivo en la vida social es proteger a los poseedores del posible deseo de los no poseedores de apropiarse de algo de lo que pertenece a todos. En consecuencia, la policía debe ser el enemigo natural de los pobres.

La policía parte del supuesto de que todo pobre es un delincuente, o al menos lleva dentro de sí una semilla del delito, que en cualquier momento puede estallar y dar fruto. Por lo tanto, la policía no protege al trabajador en sus esfuerzos por ganarse la vida hon-

radamente. Vigilan al trabajador como si fuera un delincuente que anda suelto, y lo detienen en el momento más oportuno. La policía no tiene el menor interés en erradicar la delincuencia. La existencia de delincuentes es la única excusa para la propia existencia de la policía. Así, instintivamente, la policía cría delincuentes, por autoconservación.

Pero aunque los poseedores apoyen a la policía con grandes sumas de dinero, no pueden confiar en ella en todo momento. Porque la policía se vende al mejor postor, y el día en que la actual clase dominante sea destronada, la policía pasará con banderas ondeantes y música resonante al nuevo gobernante. Porque, despreocupados por quién sea el gobernante, mañana gritarán con la misma alegría: «¡Viva la república!» como hoy gritan: «¡Viva el rey!». Los sinvergüenzas siempre se apresuran a ponerse del lado del partido victorioso.

Puesto que los poseedores son una potencia internacional, no es de extrañar que la policía también esté organizada internacionalmente para poder oponerse al proletariado organizado internacionalmente.

A la larga, sin embargo, el poder policial no podrá hacer frente al proletariado, pues en ese caso cada fortuna particular tendrá que ser vigilada por policías particulares. ¡Qué espectáculo ofrecería entonces nuestro mundo, y de hecho lo ofrece incluso ahora! Frente al pobre, pálido de hambre, se alzaría el rico, pálido de miedo y ansiedad, y entre estos policías, armados de pies a cabeza, dispuestos a abatirlo al primer movimiento sospechoso del pobre.

Por regla general, la policía y la justicia se tienden la mano. Al fin y al cabo, ambos son siervos del mismo amo: el capitalismo. Y si la policía se comporta de forma brutal, de forma estúpida, la justicia se apresurará a encubrirla, a reivindicarla. Uno puede quejarse todo lo que quiera de la policía, uno puede pedir su reorganización —no servirá para nada. Se pueden mejorar las prisiones, pero no se consigue una buena prisión, porque los conceptos de buena y prisión se excluyen mutuamente. Lo mismo puede decirse de la policía; no logrará obtener una buena, porque lo que en sí es malo no puede hacerse bueno, nunca hay que esforzarse demasiado.

El capitalismo no desdeña ningún medio para mantener su poder. El espionaje, la incitación, el despertar la desconfianza entre las personas, son medios que se utilizan a diario. El capitalismo desprecia al traidor, pero se sirve de la traición; desprecia al mentiroso, pero se sirve de la mentira.

La policía es un medio de violencia del que se sirven los gobernantes para mantener su poder. Utilizan el látigo del hambre para armar a una parte del pueblo trabajador con el fin de mantener a la otra sometida, lo que resulta mucho más fácil, ya que esta otra parte está desarmada. Si se examina detenidamente en qué consiste el poder de la policía, se llega a la conclusión de que no depende tanto de las bastones y los sables, sino de la conciencia del policía de que puede golpear, incluso matar, sin que se le considere responsable de ello. Los trabajadores también saben que un golpe infligido a la sagrada persona del policía no puede conciliarse con menos de meses, incluso años de cárcel. Protegido por su impunidad, el poder policial es fuerte contra las masas.